

Magia y brujería en la época de los trovadores

María Tausiet

La época de los trovadores, que coincide con el despertar cultural que tuvo lugar en Europa entre los siglos XII y XIV, fue testigo asimismo de un desarrollo de las artes mágicas hasta entonces inusitado. Desde la antigüedad clásica, los magos habían sido tenidos por individuos ciertamente extraordinarios, pero por encima de todo peligrosos. No obstante, esta consideración fue evolucionando durante la Edad Media al mismo tiempo que la propia magia iba mostrando nuevas y diferentes caras con el paso del tiempo. A lo largo de los siete breves capítulos que siguen, intentaremos hacer un recorrido a través de algunas de las principales facetas de la magia tardomedieval. Nos detendremos sobre todo en aquellas encrucijadas donde se revelan las estrechas conexiones que las llamadas artes ocultas tenían con otras ramas del saber como la ciencia o la religión; veremos su arraigo tanto en la mentalidad popular tradicional como en los ambientes cortesanos y, por último, recalaremos en la literatura emanada de estos últimos, lugar por excelencia para el libre desarrollo de la magia como protagonista de los mundos encantados descritos por los poetas.

Magia, barbarie y paganismo

Durante toda la antigüedad clásica la idea acerca de qué era la magia se hallaba completamente ligada a las fuerzas negativas atribuidas a los pueblos enemigos. Mágico era fundamentalmente lo desconocido y, por eso mismo, lo que producía sospecha y temor. No es de extrañar, por tanto, que para encontrar el origen del término tengamos que remontarnos a un sustantivo de tipo étnico (*magi*), uno de los pueblos ajenos a la llamada civilización clásica. Los *magi*, más adelante unidos a los persas, acabarían por designar a los sacerdotes de Zoroastro,

con quienes entraron en contacto los griegos en el siglo V a.C. La civilización romana heredó la misma noción de lo mágico como algo esencialmente maligno y amenazador; de ahí la identificación de los conceptos de magia y barbarie: si todo bárbaro o extranjero era un enemigo del imperio romano, cualquiera de ellos constituía un mago en potencia, contra cuyos siniestros poderes había que estar en alerta permanentemente.

Muchos grupos de cristianos, por el hecho de negarse a rendir culto al emperador, fueron considerados enemigos de la patria y, en consecuencia, acusados de practicar actividades «mágicas» como las que, siglos más tarde, serían atribuidas a las brujas, esto es, participar en orgías incestuosas, matar y comer niños, adorar a ciertas bestias, etc. No obstante, tras convertirse el cristianismo en religión oficial, el calificativo de mágico —siempre reservado para aquello que el poder dominante quería mantener excluido—, pasó a aplicarse poco a poco a los no cristianos o paganos. Estos practicaban un tipo de religión que se ha dado en llamar animista, según la cual todos los elementos de la naturaleza poseerían un espíritu, un alma o, por decirlo de otra manera, una personalidad propia. Tal convicción llevaba a otra: la de que, en el universo, unos elementos se sienten atraídos hacia otros (ley de la simpatía universal) y lo contrario (ley de la antipatía universal). Conociendo las propiedades de cada elemento, podía pues intervenir en el devenir natural, ya fuera asociando lo que de antemano se sabía compatible o separando lo definitivamente irreconciliable. En cualquier caso, la idea de que se podía actuar contra los males se hallaba en las antípodas de la resignación y la confianza pasivas en el Dios justo de los cristianos.

El incipiente cristianismo, básicamente monoteísta y pasivo, chocaba profundamente con el paga-

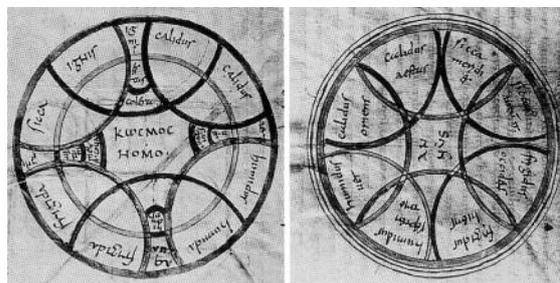
nismo —politeísta y activo— de la mayoría de la población, especialmente de la rural (no en vano el término paganismo derivaba del latín *pagus* o «aldea», en oposición al cristianismo, que se había difundido primero en las ciudades). Sin embargo, durante mucho tiempo las antiguas creencias paganas fueron toleradas y, en gran medida, incorporadas a la nueva religión. Para fundar una iglesia, por ejemplo, bastaba purificar y consagrar un templo antiguo. Si la costumbre de sacrificar animales se hallaba muy arraigada en la zona, en vez de suprimirla, se transformaba en un banquete en honor al santo mártir al que la nueva iglesia se encomendaba. En general, nada de lo sagrado ya existente era destruido: los viejos ídolos, árboles, fuentes o cuevas simplemente volvían a rociarse con agua bendita. El espacio y el tiempo sagrados no variaban, manteniéndose los mismos lugares de devoción e incluso las mismas fechas de las festividades principales.

Dicha situación inicial fue derivando, a medida que el poder de la Iglesia se iba afianzando, hacia una progresiva intolerancia. Si en un principio todo podía volverse a sacralizar (siendo, por tanto, aceptado e incluido en los nuevos presupuestos), aquellos espíritus de la naturaleza que poblaban los bosques y los ríos poco a poco empezaron a ser vistos como competidores y a considerarse demonios malignos. Si en un principio tan sólo se habían condenado como mágicas las actividades que escondían un propósito negativo, ahora cualquier expresión cultural situada al margen del discurso oficial iba a convertirse en una ofensa capital para el Dios de los cristianos. No obstante, como veremos a continuación, la distinción entre la magia propiamente dicha y el resto de saberes no era fácil. Las llamadas ciencias ocultas formaban parte de la formación de todo aquel que quisiera conocer algo sobre el mundo y su funcionamiento; de ahí la extensión del concepto de magia natural como una disciplina más dentro de los estudios académicos de las recién creadas universidades.

Los templos paganos no deben destruirse, lo que hay que destruir son los ídolos que se encuentran en ellos. Utilícese agua bendita, aspérgase el templo, levántense altares y colóquense reliquias en ellos porque, si los templos están bien construidos, está bien que del culto a los demonios pasen al obsequio del verdadero Dios para que la gen-

te, al ver que no se destruyen sus templos, abandone el error y corra a conocer y adorar al Dios verdadero en lugares que le son familiares. Y puesto que se solían sacrificar muchos bueyes a los demonios, es necesario conservar asimismo —no obstante cambiada— esta costumbre, haciendo un convite, un banquete con mesas y ramas de árbol, puestas alrededor de las iglesias que antes eran templos, el día de la consagración de la iglesia misma o de la fiesta de los santos mártires cuyas reliquias se hayan colocado en los tabernáculos. No se inmolen ya animales al diablo, pero mátense y cómanse en alabanza de Dios, dando gracias así a quien todo lo ha creado, trocándose los placeres materiales en placeres espirituales. En realidad, es difícil arrebatar sin más todas las cosas a quienes poseen una mentalidad rígida, pues los que subiendo a una cumbre se perfeccionan paso a paso, no saben subir dando saltos.

Carta del papa Gregorio Magno
al abate Melitón
(Gregorio I, *Registrum epistolarum*, XI)



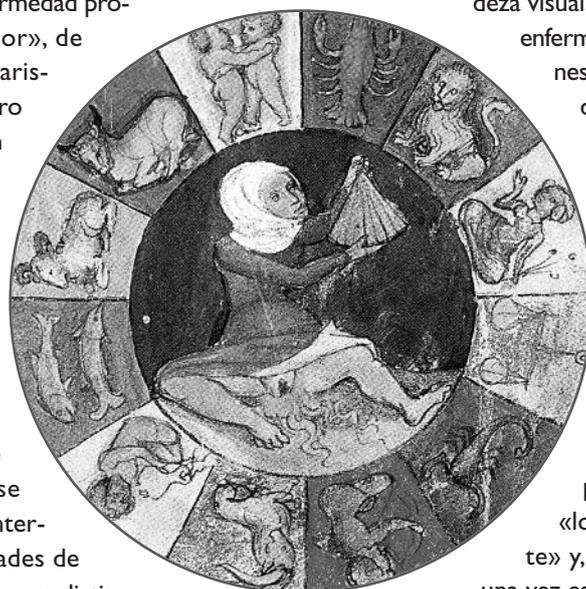
La magia como ciencia oculta

La consideración de la magia como ciencia se debió en gran medida a la difusión cultural que tuvo lugar desde finales del siglo XII, y sobre todo durante el siglo XIII, con la fundación de las primeras universidades. Fue el momento en que el saber clásico, transmitido principalmente por musulmanes y judíos —que habían traducido al latín la mayoría de los textos árabes—, empezó a llegar a las aulas, para salir muy pronto más allá de los límites de la universidad y entrar en contacto con un público cada vez más amplio. Las dos disciplinas encargadas de recoger el saber mágico fundamental transmitido en los textos antiguos fueron la astrología y la alquimia. Ambas basa-

ban sus presupuestos más elementales en la idea de la existencia de ciertos poderes ocultos en la naturaleza, poderes o virtudes escondidas que tanto astrólogos como alquimistas se afanaban en descubrir, manejar y, finalmente, perfeccionar. Pero, ¿en qué se diferenciaban los poderes ocultos de los manifiestos y visibles? Como el propio nombre indicaba, oculto era lo desconocido; así, mientras se pensaba que ciertas propiedades —por ejemplo, el poder de una planta para curar determinadas enfermedades— podían explicarse por la estructura física del objeto (una hierba «fría» curaría una enfermedad producida por exceso de «calor», de acuerdo con las categorías aristotélicas basadas en los cuatro elementos, que nada tenían que ver con la temperatura real de una cosa en un momento dado), otras propiedades tendrían un origen misterioso y ajeno a la estructura interna del objeto en cuestión.

Cuando los poderes o propiedades ocultas de determinados objetos no se hallaban en sus cualidades internas —básicamente las cualidades de frío, cálido, seco o húmedo en sus distintas combinaciones—, había que buscar una fuente externa, casi siempre identificada con emanaciones procedentes de estrellas o planetas lejanos y, sin embargo, omnipresentes gracias a sus estrechas correspondencias con el mundo terrestre. En realidad, todo ello no suponía sino una vuelta al viejo principio hermético elaborado por los griegos de Alejandría ya en el siglo III a.C. De acuerdo con la ciencia de Hermes Trimegisto (el «tres veces grande»), el paralelismo entre el mundo terrestre y el mundo celestial era tal que «lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba».¹

Los poderes ocultos, por tanto, seguían formando parte del marco de la naturaleza, pero de una naturaleza entendida en un sentido muy amplio, de forma



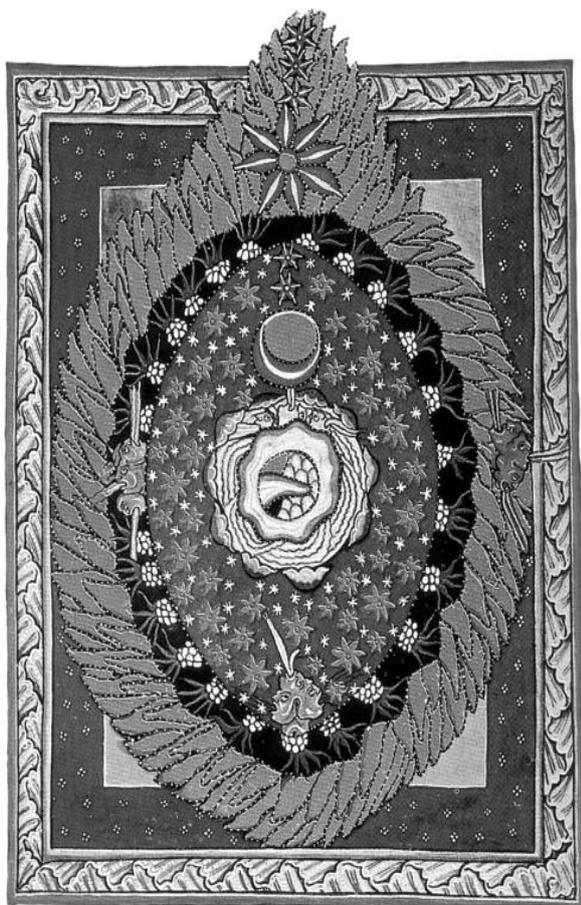
1. *Tabla Esmeraldina (Tabula Smaragdina)*, citado en Burckhardt 1971: 253.

que si uno quería determinar los efectos de una planta, no sólo tenía que examinar su estructura física interna, sino que debía tratar asimismo de descubrir las influencias que le llegaban procedentes de puntos distantes del cosmos. Poderes ocultos eran considerados también los que se basaban en las características simbólicas de los objetos, algo nuevamente ajeno a su estructura objetiva. Así, por ejemplo, se pensaba que ciertas plantas con hojas en forma de hígado podían favorecer la curación de las enfermedades del hígado. O que el buitre, dotado de una gran agudeza visual, podía ser beneficioso para las

enfermedades de los ojos (había quienes recomendaban envolver el ojo de un buitre en un pedazo de piel de lobo y después llevarlo colgado del cuello). En realidad, hablar de simbolismo suponía casi siempre hablar de semejanzas y contactos entre distintos elementos.

Bajo el supuesto de que todo objeto de la naturaleza poseía una personalidad propia, se creía, por un lado, que «lo semejante atrae lo semejante» y, por otro, que «las cosas que una vez estuvieron en contacto se influyen recíprocamente a distancia, aun después de haber sido cortado todo contacto físico» (Frazer 1989: 34). La ley de la semejanza, también conocida como ley de la simpatía universal, suponía que existía una secreta empatía entre determinados objetos terrestres, pero también entre éstos y los cuerpos celestes. Siguiendo las teorías de Plotino, un filósofo neoplatónico del siglo III d.C., muchos intelectuales de finales de la Edad Media creían en la vinculación que unía a todos los seres del cosmos a través de un juego de fuerzas mutuas, las cuales podían ser conocidas y utilizadas convenientemente. Pero para poder controlar y dominar las fuerzas mágicas procedentes de las cuatro partes del universo, para rechazar las influencias negativas y canalizar tan sólo las positivas, quienes lo intentaran habían de lograr en primer lugar un dominio completo sobre sí mismos.

La conciencia de que la magia suponía una ardua preparación ascética y contemplativa por par-



te de aquellos que la practicaban, el convencimiento de que las fuerzas mágicas sólo podían proceder de alguien que se hubiera sometido a una intensa autodisciplina, dominando el cuerpo y fortaleciendo el alma: todo ello representaba el triunfo de la voluntad humana, a cuya presencia la naturaleza entera se descubría e inclinaba obediente.

La Magia culta es la posesión de numerosos poderes, y está llena de profundos misterios. Abarca desde la contemplación de lo oculto hasta el conocimiento de toda la naturaleza; en qué se distinguen y en qué se parecen esos significados ocultos es el objeto de su enseñanza, mediante la cual podremos obrar maravillas. La Magia culta se basa, fundamentalmente, en la combinación armónica de las cosas inferiores con las cualidades y virtudes de las superiores.

Cuatro son los elementos y fundamentos primarios de las cosas corporales: fuego, tierra, agua, aire; a partir de ellos se forman todos los elementos del universo; y no por acumulación, sino

por transmutación y unión; cuando se desintegran, se convierten de nuevo en tales elementos. Cada uno de los elementos posee dos cualidades específicas, una de las cuales la posee como propia y en la otra coincide con el siguiente, como si estuviera entre las dos. Así el fuego es caliente y seco, la tierra es seca y fría, el agua es fría y húmeda, el aire, húmedo y caliente.

Los elementos no sólo están en las cosas de aquí abajo, sino en los cielos, las estrellas, los demonios, los ángeles e incluso en el Creador [...]. Los elementos se encuentran en todos los lugares de aquí abajo en forma material e impura; en el mundo celeste, en cambio, están en su estado puro y nítido.

Lo que nosotros llamamos la quinta esencia subsiste no a partir de los cuatro elementos, sino como un quinto al margen de estos [...]. Este espíritu tiene en el cuerpo del mundo la misma forma que el nuestro en el cuerpo humano; igual que las fuerzas de nuestra alma pasan a través del espíritu de los miembros, así la virtud del alma del mundo se extiende a todas partes gracias a la quintaesencia. Nada hay en el mundo sin su virtud propia; es más, se absorbe por las radiaciones estelares hasta que las cosas quedan completamente impregnadas. Así es como se propagan las virtudes ocultas a las hierbas, a las piedras, metales, seres vivos, al Sol, a la Luna, a los planetas y estrellas. Aún pueden ser mayores los beneficios de este espíritu si se aprende a separarlo de los demás elementos, o por lo menos a servirse de cuanto participa de él. Las cosas que contienen ese espíritu y operan con toda su fuerza pueden producir efectos afines; por esa razón los alquimistas pretenden separar el espíritu del oro y de la plata: obtenido y extraído debidamente, si lo unen a cualquier cosa de materia semejante, por ejemplo a los metales, lograrían enseguida oro y plata.

Las cosas guardan entre sí una relación de simpatía y de antipatía. Todo tiene un contrario y temible enemigo, a la vez que una simpatía que le apoya y le reconforta. En los elementos, el fuego es contrario al agua, y el aire a la tierra; los demás están en simpatía. En los cuerpos celestes están en simpatía Saturno, Mercurio, Júpiter, el Sol y la Luna; en antipatía, Marte y Venus. Todos

los planetas están en simpatía con Júpiter excepto Marte; todos son contrarios a Marte, excepto Venus [...]. Igual que existen simpatías y antipatías entre los cuerpos superiores, lo mismo ocurre en los inferiores [...]. En los vegetales y minerales se manifiesta la simpatía, por ejemplo la del imán por atraer el hierro, o la esmeralda por las riquezas [...]. Entre los animales, el mirlo con el tordo, la corneja con la garza, el pavo real con la paloma, la tortola con el loro [...]. La simpatía no se da sólo entre unos animales con otros, sino también entre ellos y otras cosas. Por ejemplo, las ranas, los sapos, serpientes y cualquier reptil venenoso, simpatizan con la planta llamada «apio de la risa» [sardonias], de la que cuentan los médicos que quien la come, muere riendo [...]. No es de extrañar, pues, que el alma de una persona pueda operar sobre el cuerpo y alma de otra persona [...]. Un hombre, sólo con el trato y el afecto, actúa sobre otro. Por esa razón aconsejaban los filósofos evitar la compañía de hombres malvados y desdichados, puesto que al estar su alma llena de malas irradiaciones, transmitían un pernicioso contagio a quienes se acercaban. Recomendaban, por el contrario, frecuentar a los hombres buenos y felices, porque su proximidad nos hace bien. Al igual que ocurre con el asafétida o el almizcle, el mal origina mal, y el bien origina bien sobre aquello con lo que está en contacto, y a veces por mucho tiempo.

Enrique Cornelio Agrippa,
De occulta philosophia, Colonia, 1510

Si analizamos los principios del pensamiento sobre los que se funda la magia, sin duda encontraremos que se resumen en dos: primero, que lo semejante produce lo semejante, o que los efectos semejan a sus causas, y segundo, que las cosas que una vez estuvieron en contacto se actúan recíprocamente a distancia, aun después de haber sido cortado todo contacto físico. El primer principio puede llamarse ley de semejanza y el segundo, ley de contacto o contagio.

James G. Frazer,
La rama dorada, Nueva York, 1989

La magia de los astros

Así como «lo que está arriba» (el cielo) y «lo que está abajo» (la tierra) se consideraban inseparables a través de sus mutuas y constantes influencias, la astrología (que indicaría el significado de los planetas y constelaciones) y la alquimia (que, a su vez, buscaba el significado de los metales depositados en el interior de la tierra) venían a ser también como las dos caras de una misma moneda. Por lo común, los astrólogos se dedicaban a la fabricación de horóscopos (un término griego compuesto de *hora* y *skopeo*, que significa «ver»), es decir, al examen del estado del cielo en un momento determinado, ya fuera para predecir el destino y el carácter general de una persona o para otros usos más concretos como, por ejemplo, saber cuándo resultaría más favorable emprender una guerra, un viaje, un matrimonio, etc. Pero no sólo los astrólogos vivían pendientes del cielo: también los médicos consultaban a los astros antes de operar a sus pacientes y prácticamente todos los grandes señores tenían sus astrólogos o adivinos particulares que, en la mayoría de los casos, coincidían con los mismos capellanes de la corte.

A fines de la Edad Media se creía que el sol viajaba durante el día describiendo un arco de este a oeste, y que la luna lo hacía por la noche, por otra ruta diferente. Tanto el sol como la luna eran conocidos como planetas y junto a ellos, se incluían otros cinco más (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno), cada uno de los cuales se movía por el espacio a una velocidad distinta. A diferencia de los planetas, las estrellas agrupadas en las doce constelaciones que componían el zodiaco viajaban en una progresión regular. Ello supuso que el zodiaco (esto es, la encarnación de las constelaciones en figuras animales; zodiaco deriva del diminutivo griego *zodion*, que significa «figurita de animal») se convirtiera en un símbolo del paso del tiempo, y como tal fue representado en diversos contextos artísticos, sin excluir el ámbito religioso: de hecho, algunas de las más hermosas muestras zodiacales se encuentran en los llamados libros de horas junto a las plegarias indicadas para cada momento del día.

La idea de que los cuerpos celestes influían en los terrestres era una creencia general de carácter incuestionable. El sol, por ejemplo, producía efectos obvios: iluminaba, calentaba, secaba; la acción de la

luna, aunque menos evidente, era asimismo observable a través de las mareas y, en cuanto al resto de los planetas, se aceptaba que, en mayor o menor grado, todos extendían sus influjos respectivos de maneras sutiles y ocultas. Según los astrólogos, cada planeta poseía una naturaleza y un área de influencia propias. Así, la luna —por el hecho de estar privada de luz y reflejar la del sol, en lugar de irradiarla directamente—, era considerada del género femenino, pasiva, receptiva, acuosa y fría. Por atravesar fases diferentes y cambiar de forma, simbolizaba también la periodicidad y la renovación. Se la creía poderosa especialmente durante la infancia y se la asociaba con la locura y la castidad. Venus se concebía también como planeta femenino aunque, por su relación con el aire (y por tanto, con lo caliente y húmedo) encarnaba la atracción instintiva, el sentimiento, el amor, la simpatía, la armonía y la dulzura. Del mismo modo, cada uno de los demás planetas era descrito con sus características particulares.

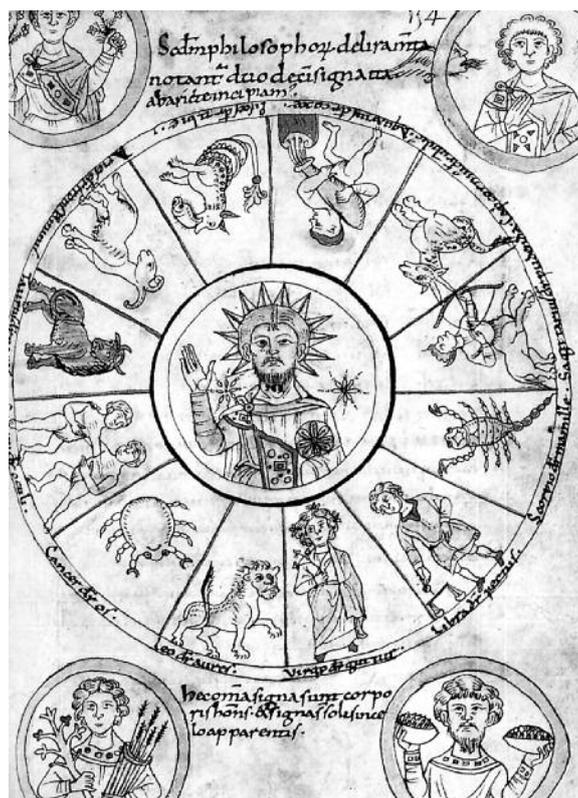
El camino por el que viajaban tanto los planetas como las estrellas se dividió en doce casas de medidas desiguales; su función consistía en delimitar claramente las áreas de la vida afectadas por cada cuerpo celeste en un momento dado. Así, un planeta en la primera casa tendría una influencia general sobre la personalidad; en la segunda, sobre la fortuna material; en la tercera, sobre la familia, etc. Si, por ejemplo, Marte —planeta guerrero por naturaleza— se hallaba en la décima casa en un momento crucial, ello podía significar que uno estaba destinado a ser soldado, ya que dicha casa era la que determinaba la carrera de una persona; sin embargo, si el mismo Marte se encontraba en la octava casa, la que gobernaba la muerte, la interpretación podía apuntar a un posible fallecimiento en medio del fragor de la batalla.

Algunos astrólogos llegaban tan lejos en sus predicciones que —a pesar del acuerdo generalizado acerca de la influencia de los astros— provocaron graves problemas con sus pronósticos en torno a la licitud de la ciencia astrológica en su conjunto. ¿Hasta dónde podían determinar los cuerpos celestes lo que había de ocurrir? Si tan grande era su poder, ¿qué quedaba del libre albedrío de los humanos? ¿Y de la omnipotencia divina?

Los defensores de la astrología respondían argumentando que los astros no eran causas, sino meros signos; que nunca podían predecirse sucesos particulares, sino tan sólo tendencias generales y que el libre albedrío podía invalidar cualquier influencia celeste.

Había quienes, sin embargo, no se ceñían a tales limitaciones, ni en la teoría ni, menos aún, en la realidad. Los practicantes de la que llegó a conocerse como «magia astral», no contentos con intentar conocer el futuro de antemano, pretendían además cambiarlo. Para ello se valían de las llamadas «imágenes astrales», es decir, de aquellos

signos utilizados para representar las diferentes constelaciones y planetas. Se suponía que tales imágenes tenían la propiedad de concentrar y atraer el poder de ciertos cuerpos celestes, lo que podía servir para toda suerte de propósitos, desde conseguir riquezas o recuperar el afecto de un amante hasta infligir enfermedades o cualquier otro género de desgracias a los enemigos. Dicho tipo de astrología —pese a encontrarse ligada a textos árabes muy antiguos, como el famoso *Picatrix*, traducido al castellano a instancias de Alfonso X el Sabio— entroncaba directamente con una magia de carácter popular, a la que nos referiremos más adelante; una magia fundamentalmente práctica, cuyos presupuestos se encontraban muy alejados del ocultismo



entendido como el carácter oculto de la propia naturaleza del conocimiento.

En aquellos días, en el mes de enero y hacia la hora sexta, hubo un eclipse de sol que duró una hora; la luna sufrió frecuentes alteraciones, unas veces volviéndose del color de la sangre, otras de un azul oscuro, otras desapareciendo. Se vieron también, en la zona austral del cielo, en el signo del León, dos estrellas que combatieron entre sí durante todo el otoño; la más grande y luminosa procedía de oriente, la menor de occidente. La menor corría como enfurecida y espantada hacia la mayor, que no le dejaba acercarse y, golpeándola con su cabellera de rayos, la arrojaba muy lejos hacia Occidente. Al poco murió el papa Benedicto, al que sucedió Juan.

Ademar de Chabannes,
Crónica, III, 62

Es mayor aún la influencia de los cielos, que tanto poder tienen en el mar, en la tierra y en el aire. A los cometas hacen aparecer, que no están en los cielos, antes bien se encuentran en medio del aire ardiendo y duran lo que tarda en decirse; de ellos hablan muchas fábulas. La muerte de los príncipes adivinan en ellos los que son diestros en adivinar; pero los cometas no contemplan más a los reyes que a la gente mísera, y no vuelcan más sus rayos e influjos sobre los reyes que sobre los pobres. Antes bien, pasan corriendo sobre las regiones del mundo, según las disposiciones de los climas, los hombres y los animales que son sensibles a los influjos de los planetas y las estrellas, y las turban allí donde son más sensibles [...]

No más digno que un hombre cualquiera es el príncipe para que los cuerpos celestes anuncien su muerte, pues su cuerpo no vale más que el cuerpo de un carretero, de un cura o de un zapatero remendón. A mí todos me parecen iguales, tales como son en el momento de nacer. Para mí, nacen iguales y desnudos, fuertes y débiles, robustos y esbeltos. Todos están en igualdad en cuanto a la condición humana. Fortuna pone el resto, que es la pasajera que distribuye sus dones sin mirar a quién, y todo revuelve y revolverá cuantas veces quiera.

Guillermo de Lorris y Juan de Meun,
Le Roman de la Rose, XVI

Magia y alquimia

Al igual que la astrología, la alquimia era una forma de conocimiento oculto que requería un extenso aprendizaje. Como la astrología, sus orígenes se remontaban a las más antiguas civilizaciones conocidas. Presente tanto en la antigua China como en el Egipto de los faraones, donde había comenzado a practicarse vinculada a la religión (la esencia del sol se identificaba en ambas culturas con la del oro), siguió cultivándose después como ciencia sagrada en Bizancio, en el mundo musulmán y, a partir del siglo XII, en el Occidente cristiano, gracias a las traducciones latinas de varios tratados en lengua árabe dedicados a lo que se conocía como *al-kimiya*.

A diferencia de la astrología, la alquimia se centraba en la materia terrestre. Según las teorías aristotélicas dominantes, todo cuanto había sobre la faz de la tierra podía reducirse a cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua, los cuales, a su vez, se resolvían en la «materia primera». Dicha concepción llevó a pensar en la posibilidad de volver a combinar los elementos que cada objeto poseía en una proporción distinta, intentando así obtener formas de materia superiores. Entre los materiales existentes, el más apreciado era el oro; desde muy antiguo se había considerado el metal perfecto por antonomasia, signo de la iluminación y de la divinidad. Se suponía, por tanto, que el objetivo de los alquimistas consistía en transmutar cualquier metal hasta convertirlo en oro.

No obstante, en los escritos alquímicos se insistía en que, para lograr dicho fin, primero era necesario descubrir lo que se conocía como «piedra filosofal» o «elixir vital», o también como «panacea universal», o «quintaesencia». A veces, en lugar de dichos términos, aparecían otros como «luz», «este», «mañana», «fuente viviente», «árbol frutal», «rey», «hermafrodita», «hombre», «hermano», etc. Todos ellos apuntaban el carácter eminentemente simbólico de las operaciones alquímicas. Estas se basaban fundamentalmente en la asociación entre metales y planetas: el oro con el sol, la plata con la luna, el hierro con Marte, el mercurio con Mercurio, etc., asociaciones que presuponían un intrincado sistema de afinidades entre los objetos materiales y otras formas de existencia ligadas al mundo espiritual.

En realidad, el significado de la alquimia era doble: por un lado, pretendía la transformación y el perfec-

cionamiento de la materia (nunca la creación de la nada, ya que, partiendo de la idea de que el oro era producto de la gestación lenta de metales en principio vulgares, lo que se buscaba era tan solo la aceleración de ciertos procesos naturales); por otro, la transformación y el perfeccionamiento del propio alquimista. La alquimia simbolizaba la evolución misma del hombre desde un estado primitivo en el que predominarían la materia y los instintos hasta un estado más avanzado de civilización basado en lo espiritual. A ambas vertientes, material y anímica, se aludía una y otra vez en continuas referencias a los dos tipos de bienes que proporcionaba la alquimia: no sólo riqueza, sino también salud. Algunos alquimistas, basándose en un concepto trascendente de salud que superaba las limitaciones corporales, hablaban de «hacer una medicina capaz de curar tanto las enfermedades de los metales como las de los humanos» (Tausiet 1994: 538).

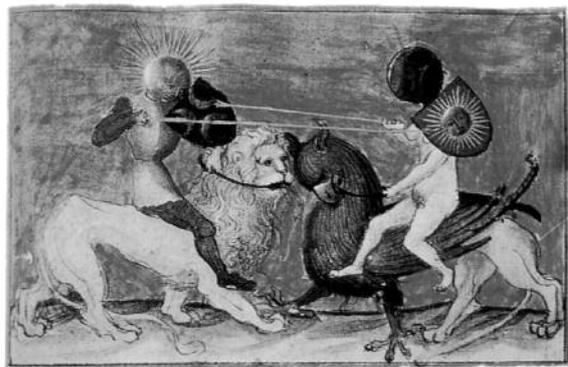
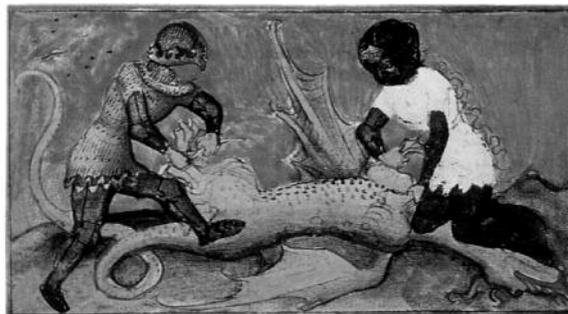
Ya se refiriera a la materia en general, ya al alma del alquimista, la obra alquímica solía dividirse en cuatro fases, cada una de las cuales aparecía simbolizada con un color diferente. La primera –negra– suponía una reducción de las sustancias a la materia prima o caos, una vuelta al origen, una disolución en lo universal, una muerte iniciática. El blanqueo característico de la segunda fase representaba la subsiguiente purificación, previa a la adquisición de los colores amarillo y rojo, que venían a representar dos estados de progresiva iluminación, perfeccionamiento y, en su caso, revelación espiritual.

No obstante, pese al elevado simbolismo de las operaciones alquímicas, la mayoría de los alquimistas se hicieron famosos por realizar copias del oro y la plata que resultaban ser escoria una vez examinadas. Para muchos, sólo eran unos simples falsarios; para otros, unos locos que en ocasiones llegaban a malgastar grandes fortunas personales en su búsqueda de lo imposible. De lo que no cabe duda es de la estrecha conexión de sus actividades con lo que en la época constituyeron auténticos avances en el campo de la ciencia experimental. Entre los practicantes de la alquimia, la mayoría eran médicos y clérigos. Sin embargo, la conexión de estos últimos con el mundo de la magia no se limitaba únicamente a la vertiente científica. En realidad, como veremos a continuación, los conceptos de lo mágico y de lo religioso se hallaban tan próximos que fue necesario

delimitar un tipo especial de magia, la diabólica, en un intento por distinguir claramente las actividades de uno y otro campo.

En los minerales [...] los alquimistas quieren hacer en poco tiempo lo que la naturaleza tardó miles de años, y para esto aprenden a fabricar una sustancia que, aplicada a los minerales, les altera la composición. Dicha sustancia se llama elixir y se señala como «piedra que no es piedra». Piedra porque se puede pulverizar; no piedra porque puede fundirse. Fundida, no se evapora, a semejanza del oro. Otras cosas aún pueden decirse de sus propiedades [...]. Elixir es una palabra griega que significa «gran tesoro» o «el mejor de los tesoros». En realidad, todo lo que se mezcla con otra cosa produce una mixtura, o indivisible (como la de la cadmia con el cobre) o divisible (como la del mercurio con determinados minerales) o bien por amalgama (de manera que cada uno de los componentes se mantiene aislado). El elixir, mezclado con los minerales, se comporta como la cadmia con el cobre [...]. Pero el elixir es espiritual, y la naturaleza de su especie se dirige a otra especie.

Vicente de Beauvais,
Speculum naturale, VII



La magia diabólica

Desde el punto de vista de la Iglesia, todo uso indebido de la religión se identificaba con lo que se conocía como superstición (también llamada abuso o abusión). Los actos supersticiosos se suponían inspirados por el diablo y consistían, bien en la utilización ilícita de objetos santificados, bien en el uso de la palabra sagrada para fines distintos a los propiamente religiosos. En cuanto a los objetos consagrados, muchos de ellos eran frecuentemente solicitados como auténticos amuletos para prevenir enfermedades o cualquier otro tipo de desgracias. Así, por ejemplo, la cera, el agua o los ramos bendecidos se creían eficaces contra múltiples amenazas, como tormentas, rayos, malas cosechas, etc. Más poder aún solía atribuirse a las reliquias de los santos y, a partir de los siglos XII y XIII, coincidiendo con la extensión de la devoción por la eucaristía, a la hostia consagrada. Esta comenzó a considerarse —tomando de forma literal el milagro de la transustanciación— como un objeto vivo capaz de producir maravillas incontables, lo que, en ocasiones, provocó el robo de la misma para fines muy diversos.

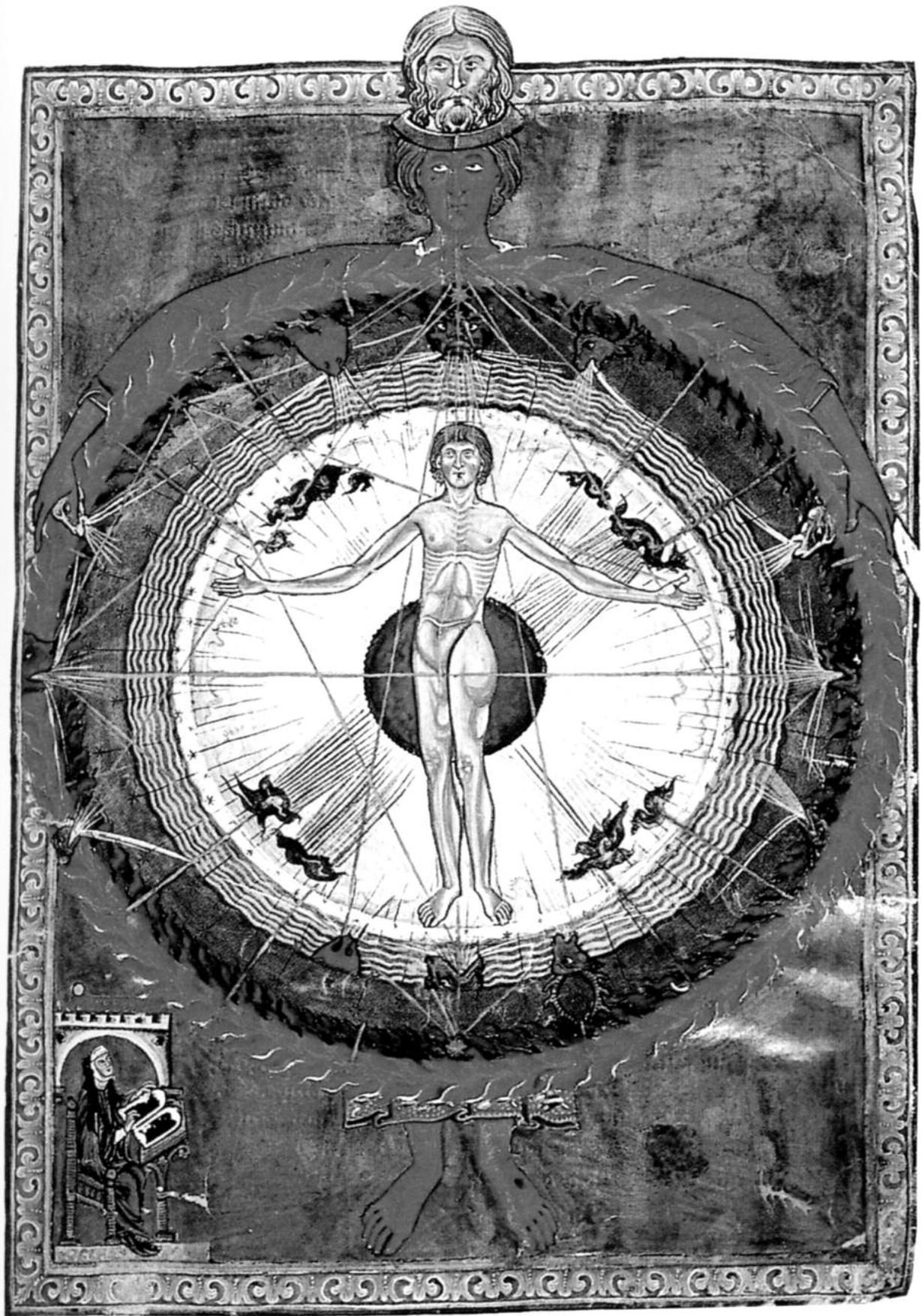
Pero, tanto o más aún que los objetos sagrados, las fórmulas verbales utilizadas para el culto divino (fundamentalmente plegarias, bendiciones y conjuros o exorcismos) eran a menudo trasplantadas a otros campos ajenos al propiamente religioso; quienes así lo hacían confiaban en el poder que dichas fórmulas poseían por sí mismas al margen de la intención con que se dijeran o de la autoridad religiosa oficialmente capacitada para pronunciarlas. Ciertas súplicas o plegarias, en vez de dirigirse a Dios, a Cristo, a María o a algún santo, eran destinadas a objetos, animales o viejos númenes; otras, aun manteniendo sus destinatarios naturales, debían ser recitadas un número determinado de veces (casi siempre tres, lo cual podía relacionarse tanto con la Santísima Trinidad como con el significado mágico del número sin más). En cuanto a las bendiciones (que, a diferencia de las plegarias, se dirigían a los fieles o pacientes), volvía a repetirse el mismo fenómeno: con frecuencia eran tantos los requisitos y rituales en torno a su pronunciación que la frontera entre lo mágico y lo religioso se volvía prácticamente indistinguible.

Mucho más problemáticos aún eran los conjuros (y, entre ellos, los exorcismos o conjuros dirigidos a los demonios). Si las plegarias expresaban súplicas y las bendiciones buenos deseos, los conjuros se tra-

ducían en órdenes que, en su caso, eran dirigidas a la propia desgracia o al agente considerado responsable de la misma (casi siempre espíritus demoníacos supuestamente causantes de numerosas enfermedades, o animales responsables de ciertas plagas, sobre todo gusanos o langostas). Como cualquier orden deja abierta la posibilidad de un rechazo (el demonio o la enfermedad apelados podían no marcharse), a menudo los conjuros y los exorcismos acababan convirtiéndose en un auténtico combate a brazo partido en el que participaban todos aquellos poderes sagrados que el conjurador invocaba en su ayuda.

Resulta imposible distinguir, en el caso de los conjuros o exorcismos, qué había de popular y qué de oficial en ellos. La Iglesia todavía no había fijado los rituales para el uso universal de las expulsiones de demonios, de forma que muchos miembros del bajo clero (e incluso laicos) inventaban sus propias fórmulas, que casi siempre comprendían una mezcla de elementos litúrgicos y folklóricos. La conjuración de demonios era conocida también con el nombre de nigromancia, término procedente de los vocablos griegos *necros* (muerto) y *mancia* (adivinación). Si en un principio dicho término había aludido a aquellas prácticas adivinatorias que se valían del recurso a los muertos tanto corporal como espiritualmente, a finales de la Edad Media los teólogos identificaron a todos los espíritus con demonios; afirmaron tajantemente que los muertos no podían ser devueltos a la vida y que lo que ocurría en realidad era que los demonios adoptaban la apariencia de almas en pena para de este modo engañar a los vivos.

La mayoría de los practicantes de la magia diabólica eran clérigos, muchos de los cuales cultivaban una especie de ascetismo que incluía severos ayunos, meditación, una rígida observación de la castidad, etc. Entre los nigromantes, el control del propio cuerpo y una preparación anímica adecuada se consideraban absolutamente indispensables, al menos en los días previos a las operaciones mágicas, que solían prepararse hasta el más mínimo detalle. Estas consistían fundamentalmente en invocaciones a diferentes demonios mediante fórmulas rituales, caracteres escritos, sahumeros, objetos mágicos, sangre de ciertos animales, etc. El elemento básico en torno al cual se concentraban dichas operaciones y a donde se esperaba que los demonios apelados acudieran en tropel era el círculo mágico. Unas veces se dibujaba sim-



plemente en un trozo de tela o pergamino, otras se trazaba en el suelo con una espada o un cuchillo y, a continuación, los participantes en el experimento entraban en él, vestidos ceremonialmente, para recibir a los demonios invocados. Como si se tratara de un exorcismo a la inversa, los nigromantes utilizaban las fórmulas ahuyentadoras de demonios más o menos reconocidas por la Iglesia con la intención opuesta de atraerlos y hacerlos sus siervos.

Los fines pretendidos oscilaban entre la búsqueda de conocimiento más espiritual (la famosa *arte notoria* que podía alcanzarse supuestamente sin ningún esfuerzo como ocurriera al rey Salomón, cuya sabiduría le habría sido concedida por Dios durante un sueño) y las ambiciones más prosaicas, como hacerse rico o destruir a los enemigos de modo fulminante. Muchos de los objetivos perseguidos por los nigromantes coincidían con aquéllos asociados tradicionalmente a ciertas mujeres incultas y, sin embargo, poderosas a los ojos de los demás, cuyas habilidades llegarían a ser temidas hasta el punto de desencadenar contra ellas una persecución obsesiva y despiadada. Nos referimos a las brujas; de ellas y de su estrecha vinculación con la llamada cultura popular trataremos en las líneas que siguen.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén. Yo os conjuro, oh duendes y todo tipo de demonios, tanto los del día como los de la noche, por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y por la indivisible Trinidad, y por la intercesión de la más bendecida y gloriosa María siempre Virgen, por las plegarias de los profetas, por los méritos de los patriarcas, por las súplicas de los ángeles y de los arcángeles, por la intercesión de los apóstoles, por la pasión de los mártires, por la fe de los confesores, por la castidad de las vírgenes, por la intercesión de todos los santos, y por los Siete Durmientes, cuyos nombres son Malchus, Maximiano, Dionisio, Juan, Constantino, Seraphion y Martimanus, y por el nombre del Señor +A+G+L+A+, que es bienaventurado en todas las épocas, que tú no debes provocar o infligir ningún daño contra este siervo del Señor N., ni durante el sueño ni en la vigilia. + Cristo conquista, + Cristo reina + Cristo ordena + Que Cristo nos bendiga + y nos guarde de todo mal + Amén.

Londres, British Library,
ms. Sloane, ff. 9-10

Coge el cuchillo o la hoz consagrados según costumbre y allende el primer círculo, con el mismo centro que éste, traza otro a la distancia de un pie del primero, y allende el segundo, siempre con el mismo centro y a igual distancia, traza un tercero. Entre el primero y el segundo, en las cuatro partes del mundo, dibuja los venerables signos del Tau, y entre el segundo y el tercero, escribe en cuatro medallas o Pentáculos los nombres terribles del Creador, a saber, entre oriente y el mediodía, Tetragrammaton; entre el mediodía y el occidente, Eheye; entre el occidente y el septentrión, Elijon, y entre el septentrión y el oriente, Eloha, el cual es de gran importancia en el catálogo de los Sefirot y «colustraciones» soberanas.

París, Biblioteca del Arsenal,
ms. 2348

Magia popular y brujería

Gran parte de la medicina popular de la Edad Media se orientaba a la curación de las enfermedades, ya fuera mediante la ingestión de determinadas hierbas en forma de poción o mediante su aplicación externa en forma de ungüentos. Existía también otro tipo de medicina de carácter preventivo que en realidad se confundía con la magia y que se basaba en el empleo de amuletos. A diferencia de las plantas medicinales, los objetos utilizados como tales no eran ingeridos ni untados, sino que simplemente se llevaban encima, pues se suponía que actuaban por mera proximidad. Los amuletos servían principalmente como protección contra posibles ataques, ya se tratara de enfermedades o de otro tipo de embestidas. Así, por ejemplo, había quienes creían que el pie de una liebre, anudado en el brazo izquierdo, permitía ir sin peligro a cualquier parte; o que el heliotropo, recolectado bajo el signo de Virgo y envuelto en unas hojas de laurel junto con un diente de lobo, prevenía a su portador de ser criticado.

Un grupo especial de amuletos era el constituido por los talismanes que, aunque en la práctica no solían diferenciarse del resto, en teoría se caracterizaban por contener inscritas ciertas palabras o letras, lo que enlazaba con la utilización de lo sagrado fuera de su contexto específico. Fuera como fue-

ra, la magia protectora, curativa o preventiva, asociada a la sabiduría tradicional y transmitida de generación en generación, era considerada por lo general como algo positivo. Lo mismo puede decirse de otras formas de magia popular, como la amorosa, cuyo fin primordial consistía en provocar la atracción sexual y la sumisión de aquel o aquella elegidos como objeto de deseo.

Sin embargo, a medida que crecía el poder de la Iglesia, la vieja cultura de antaño, impregnada de magia por los cuatro costados, empezó a verse cada vez más como una competidora. Al igual que se habían ido demonizando la antigua nigromancia y otras formas de culto a los muertos, muchas manifestaciones populares se reinterpretaron de acuerdo con el lenguaje escolástico de los teólogos. Así como el nigromante, que en otros tiempos había conservado un aura de sabiduría, poco a poco pasó a ser considerado fundamentalmente un pecador que había firmado un pacto con Satanás, también aquellas mujeres a quienes desde siempre se habían atribuido intenciones retorcidas materializadas en el llamado mal de ojo y cuyo trato simplemente se aconsejaba evitar pasaron a ser la personificación del mal por antonomasia. Más aún que de simples socias o amigas del Diablo, se las acusó de ser sus amantes y de participar en orgías sexuales y violentas.

Lo que se conoció como brujería a partir de finales del siglo xv en adelante no fue sino una forma de negación de una cultura popular que empezaba a sentirse como amenaza por parte de quienes detentaban el poder. Si ya resultaba difícil distinguir lo que era magia de las facetas de la ciencia o de la religión consideradas oficiales, mucho más difícil todavía resultaba trazar una línea divisoria entre la magia blanca (supuestamente benéfica y protectora) y aquella otra atribuida a las brujas. Como si se tratara de las hadas fantásticas que aparecían en las populares sagas nórdicas y no de ancianas reales a menudo marginadas y pobres, se supuso que las brujas eran capaces de volar y trasladarse hasta lugares lejanos donde se encontraban con el Demonio en forma de macho cabrío para satisfacer sus más depravados instintos.

Dicha interpretación de la magia popular, que se iría extendiendo a través de los tratados demonológicos contra la brujería y la superstición, cada

vez más y más numerosos a lo largo de la Edad Moderna, se hallaba en las antípodas de la visión cortesana y profana de la magia transmitida por la literatura de ficción o la lírica trovadoresca. Como veremos en el siguiente apartado, fue en el ámbito literario donde la magia —tan temida, denostada y perseguida en la vida real—, acabó siendo dotada de un rango superior e idealizado que parecía querer volver a emparentarla con sus orígenes sagrados.



¿Has ingerido el esperma de tu marido para que éste, merced a tus actos diabólicos, arda cada vez más en deseos de ti? Si lo has hecho, debes ayunar durante siete años en los días señalados.

¿Has hecho lo que suelen hacer ciertas mujeres? Cogen un pez vivo y se lo ponen en la vagina hasta que muere; luego, asado o hervido, lo dan de comer al esposo, y hacen esto para que él arda siempre en deseos en el curso de sus coitos. Si lo has hecho, ayuna durante dos años en los días señalados.

¿Has hecho lo que suelen hacer ciertas mujeres? Se echan de espaldas y se hacen amasar

el pan sobre las nalgas desnudas y luego lo dan a comer el pan al marido para que éste arda siempre en deseos de ellas. Si lo has hecho, ayuna durante dos años en los días señalados.

¿Has hecho lo que solían hacer ciertas adúlteras? Enteradas de que el amante quería tomar mujer legítima, han puesto en práctica sus artes maléficas para volverlo impotente, de manera que no pueda acostarse ya ni con la esposa legítima ni con la amante. Si lo has hecho o has enseñado a hacerlo, ayuna durante cuarenta días.

¿Has hecho lo que ciertas mujeres acostumbran hacer? Se desnudan y se untan el cuerpo con miel, luego dan vueltas sobre una sábana donde han extendido granos de trigo; después recogen cuidadosamente los granos adheridos a su cuerpo, los muelen haciendo girar la rueda al revés y con la harina obtenida amasan el pan que dan a comer a los maridos que, por esto, se ponen enfermos o quedan impotentes. Si lo has hecho, ayuna a pan y agua durante cuarenta días.

Burgardo de Worms, *Corrector et medicus* (Decretorum liber XIX), 5, cols. 973-76

Ciertas brujas, yendo contra la inclinación de la humana naturaleza, e incluso contra la de todas las bestias, exceptuando únicamente a la loba, tienen el hábito de comer y despedazar niños. A este respecto el inquisidor de Como ha relatado lo siguiente: Un hombre había visto desaparecer un niño de su cuna; habiendo sorprendido una asamblea de mujeres en la noche, había jurado haberlas visto matando al niño y bebiendo su sangre. También por ello en un solo año, el año anterior, el inquisidor dice haber entregado al fuego cuarenta y una brujas, habiendo huido algunas al territorio del Archiduque de Austria Segismundo [...]. Nosotros añadimos que en este dominio son preferentemente las parteras las que causan mayores daños [...]; nadie perjudica más a la fe católica que las comadronas. Efectivamente, cuando no matan al niño, entonces, obedeciendo a otro designio, lo sacan fuera de la habitación, lo levantan en el aire y lo ofrecen al demonio.

Jacob Sprenger y Heinrich Institoris, *Malleus maleficarum* (El martillo de las brujas. Para golpear a las brujas y sus herejías con poderosa maza), Colonia, 1486

La magia en la corte y en la literatura

A lo largo de toda la Edad Media, las cortes reales y nobiliarias se habían constituido ya como focos irradiadores de cultura, pero fue sobre todo a partir del siglo XII cuando comenzaron a rivalizar entre sí pretendiendo convertirse en auténticos microcosmos de un lujo magnífico que aspiraba continuamente a la representación de lo extraordinario. Ello supuso que la magia hiciera acto de presencia bajo ropajes nuevos como, por ejemplo, los de aquellos ilusionistas encargados de entretener las largas veladas con sus exhibiciones. Juglares, prestidigitadores, ventrílocuos y artistas de todo tipo unieron a sus habilidades los nuevos descubrimientos de la mecánica y la ingeniería para crear espectáculos considerados absolutamente prodigiosos, pues no hay que olvidar que los numerosos avances producidos en el campo de la tecnología a partir del siglo XIII fueron vistos en principio por la mayoría de quienes los presenciaron como «cosa de magia».

La posesión de piedras preciosas constituía otro importante símbolo de esplendor y suntuosidad dentro del ambiente cortesano. Su poder no se limitaba a su simple valor material, sino que, muy al contrario, se las creía capaces de curar enfermedades, ayudar en los partos, procurar la invencibilidad en los combates, detectar venenos, etc. A finales de la Edad Media se multiplicaron los libros de piedras o lapidarios donde se exponían en detalle las propiedades maravillosas de las gemas, así como los usos mágicos de cada una de ellas como, por ejemplo, la posibilidad de averiguar la verdad en casos especialmente difíciles. Así, según uno de dichos libros, si un hombre tenía dudas acerca de la castidad de su esposa, podía recurrir a colocar un imán en su cabeza mientras dormía y, si el imán caía al suelo, podía estar seguro de que ella le había sido infiel.

Por otra parte, tratándose de mundos cerrados en sí mismos, las cortes constituían un lugar idóneo para las rivalidades y los intentos por ascender en la jerarquizada escala social. Entre los dos grupos básicos que las componían (esto es, entre los que ocupaban cargos oficiales y aquellos otros cortesanos como parientes, amigos, amantes, médicos, clérigos, sirvientes, poetas, etc., con poder en la sombra) se planeaban constantes intrigas dirigidas a la elimina-

ción de algunos mediante la utilización de venenos u otros planes conspiratorios que a menudo se relacionaban con la magia maléfica. Pero, a diferencia de la vida real, donde la magia se tenía por algo tan prodigioso como altamente destructivo y siniestro, en la literatura de ficción los motivos mágicos empezaron a elevarse cada vez más a la categoría de símbolos de los estados internos del alma humana. En este contexto, la magia fue adquiriendo poco a poco connotaciones más positivas, y adjetivos como «encantador», «fascinante» o incluso «hechicero» —que en otro tiempo habían inspirado más temor que otra cosa— llegaron a designar experiencias fuera de lo cotidiano, aunque esencialmente atractivas y tentadoras.

La mayoría de las novelas cortesanias se basaban en las aventuras del rey Arturo y los famosos caballeros de la mesa redonda. El rey Arturo había representado desde los primeros tiempos de la Edad Media el principal símbolo de la resistencia de los celtas británicos frente a los invasores sajones; según la leyenda, el monarca vivía todavía, retirado en la isla de Avalón y cuidado por ciertas hadas, hasta el día en que retornara para cumplir la «esperanza bretona». Arturo representaba también el monarca cortés por excelencia, espléndido y justiciero. No obstante, a partir del siglo XII las novelas cortesanias o caballerescas —dirigidas cada vez más a señores feudales y no a reyes— comenzaron a destacar el papel de los caballeros de la tabla redonda por encima de la figura del rey. Arturo todavía seguiría presidiendo el fantástico universo que servía de escenario de todas las acciones, pero ya en un segundo plano, tan solo como una sombra que perseguía a los auténticos protagonistas.

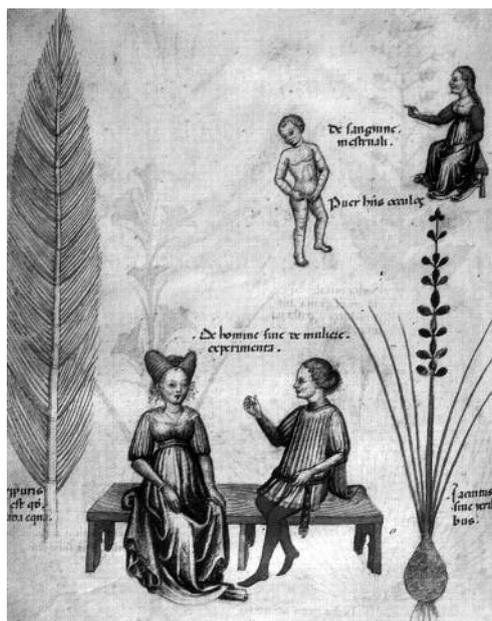
Como el amor, la magia constituía un ingrediente fundamental en los libros de caballería. Se trataba de una magia que incluía elementos procedentes de tres tradiciones diferentes: la mitología popular (monstruos, amuletos, talismanes), la mitología celta (hadas, objetos mágicos, entre los que destacaba el

caldero de la abundancia) y, como no podía ser de otro modo, también la mitología cristiana (ángeles y demonios). No hay que olvidar que la caballería se entendía como un cierto estado de civilización, un cierto logro de la cultura humana, y que su máxima aspiración consistía en unir dos polos históricos considerados fundamentales: la vida de Cristo y de los primeros cristianos con las historias de los caballeros del rey Arturo. Si José de Arimatea había recibido el santo cáliz que había contenido la sangre de Cristo, el objetivo final de los caballeros andantes consistía ahora en reencontrar dicho cáliz, también conocido como Grial.

Se trataba en realidad de completar la tarea de la redención que, pese al sacrificio de Cristo, habría quedado inacabada, ya que debía realizarse en las almas a medida que se sucedían las generaciones. Lo inacabado quedaba simbolizado en la ausencia de Judas (el asiento vacío), que en la corte artúrica debería acabar siendo ocupado por el mejor de los

caballeros, el cual —gracias a su virtud— descubriría el Santo Grial. De este modo, la caballería salvaría definitivamente al mundo. Todo ello suponía una mezcla constante de elementos mágicos profanos con elementos religiosos procedentes del cristianismo. No es de extrañar, por tanto, que junto a las hadas (que solían llegar por la noche para intentar enamorar a los humanos y llevarlos a su mundo, y que tan pronto podían hacer el bien como el mal, representando un paganismo de carácter primario más que el concepto de bondad cristiana) aparecieran espadas mágicas con el nombre de Cristo o incluso con ciertas reliquias incrustadas en el puño. Según algunos estudiosos, el mismo Grial —más tarde cristianizado— pudo haber sido en origen el caldero de la abundancia de la mitología celta, ya que su significado básico era simplemente representar un objeto sacro procedente de otro mundo.

La presencia de objetos mágicos caracterizaba buena parte de las acciones caballerescas: hierbas,



ungüentos, filtros amorosos, gemas mágicas luminosas (casi siempre incrustadas en anillos que preservaban del peligro), objetos como bandejas que se ofrecían a sí mismas para ser utilizadas, cabezas mecánicas parlantes, botes que conducían a puertos desconocidos... No obstante, dichos objetos sólo eran mágicos para algunos. Había puentes que sólo podían cruzarlos caballeros piadosos, botes que sólo aceptaban a los puros de corazón, puertas que se cerraban a los traidores, castillos invisibles para los cobardes o espadas que únicamente ayudaban a los justos. Más que la magia en sí misma, lo que importaba era su utilización como índice o símbolo de algunos estados psicológicos. El filtro que había hecho caer a Tristán en brazos de Iseo, ¿era literal o simbólico?; el anillo que muchos caballeros miraban antes de entrar en batalla y que había sido regalado por sus amadas, ¿los incitaba a ganar por su fuerza mágica o más bien representaba la fuerza creadora del amor del héroe?; la sangre de las vírgenes que, según una vieja leyenda, constituía el único remedio contra la lepra, ¿no era un signo material del amor puro, capaz de curar los defectos morales simbolizados en la enfermedad?

En las mejores y más sutiles narraciones, el foco se dirigía a los estados internos del alma y la mente, tan misteriosos como cualquier tipo de magia. Así, los motivos mágicos funcionaban como estrategias para desarrollar la vida íntima de los personajes. De este modo se explica también el papel secundario de los magos en las novelas referidas: ya fuera como aliados o como enemigos de los héroes, su función consistía en representar el camino hasta conseguir la virtud caballerescas. En las fuentes artúricas más auténticas, el sabio Merlín, tutor del rey, aparecía tan sólo al principio, cuando el monarca era todavía muy joven, permitiéndole luego madurar por sí mismo, sin ayuda sobrenatural. Y en cuanto a Morgana (la discípula de Merlín, que encarnaba un obstáculo para Arturo), su maldad se utilizaba para provocar y obligar al héroe a ejercitar su astucia y no caer en sus trampas. En general, el contacto con los magos venía a suponer para los protagonistas una auténtica piedra de toque donde poner a prueba sus cualidades caballerescas.

Un paso más allá de la erótica caballerescas, los últimos siglos de la Edad Media vieron nacer otra corriente literaria que llegaría a ser conocida como

amor cortés (amor puro o *fin'amors* en la lengua occitana original). Ligado a nuevas exigencias afectivas en los medios cortesanos y caballerescos, el nuevo código de amor —más refinado, femenino e interiorizado— acabaría por suplantar al de los viejos caballeros cuyo principal mérito, en lo que toca al amor, consistía en morir luchando por su amada. De las pruebas exteriores basadas en los actos de valor, los trovadores pasaron a cantar y enaltecer otro tipo de pruebas inherentes al amor mismo como la capacidad de espera, el permanente deseo insatisfecho, etc. Ciertos temas característicos de la lírica trovadoresca habían tenido en su origen un claro significado mágico, aunque después, con el paso del tiempo sólo acabarían conservando un valor puramente estético, convirtiéndose en simples estereotipos. Pero el mundo de las relaciones entre magia y amor cortés constituye por sí mismo un complejo tan rico en sugerencias y matices que será abordado en una próxima publicación.

El diamante, a quien lo lleva, da vigor y fuerza en todos los miembros del cuerpo; da la victoria sobre el enemigo, tanto en la paz como en la guerra, si la causa es justa; y mantiene a su portador en buen estado de salud y de emociones; y defiéndelo de lides, contiendas y malos espíritus. Y si alguno quisiere hechizar o encantar al que lo lleva, por la virtud de la piedra, la hechicería o el encantamiento se volverían contra el que la pretende practicar. Ninguna bestia salvaje tendrá deseos de atacar a quien lo lleva. El diamante debe darse sin avaricia y sin comprarlo, porque entonces tiene mayor fuerza y hace al hombre más fuerte, y más firme ante sus enemigos [...]. Quien quiera comprar diamantes, conviene que los sepa conocer, pues los falsifican con cristal amarillo y con zafiro, con falso topacio, con una piedra que se llama iris y con algunas piedrecillas que se encuentran en los nidos de los pericotes [...]. Pero conviene saber que un diamante perfecto pierde su virtud por las inconveniencias de quien lo lleva, y en tal caso hay que devolverle sus cualidades pues, si no, será de pobres facultades y escaso valor.

The Travels of Sir John Mandeville
(ed. M. C. Seymour, Oxford, 1967)

Después que Tristán e Iseo fueron dentro de la nao, el tiempo les hizo bueno e alzaron velas la vía de Cornualla. Y ellos yendo así, un día don Tristán e Iseo, jugando al axedrez, hacían gran fiesta. E no había entre ellos ningún pensamiento de amor carnal. Y ellos habían muy gran sed. E Tristán dixo a Gorvalán que les diese a beber. E dixo Gorvalán a Brangel que les diese a beber a Tristán e Iseo. Y ella tenía las llaves del vino y de los letuarios. E Brangel estaba amodorrada de la mar. E Gorvalán tomó las llaves de la cámara que tenía el vino y el brebaje amoroso, y pensó que era vino, e dio a beber a Tristan y a Iseo de ello, e tornó la redoma en su lugar e tornó las llaves a Brangel. E a Brangel vino-sele mientes del brebaje amoroso y levantóse e fuese a la cámara e halló, por la vista de las redomas, que les había dado a beber del brebaje. E fue triste e muy cuitada, porque tan mala guarda había fecho en lo que su señora la reina le pusiera en guarda. E, como quier que ella se toviese por colpada e se arrepentiese, encubriólo e no quiso decir cosa, ni dar a entender nada. E luego que Tristán e Iseo hobieron bebido el brebaje, fueron así enamorados el uno del otro, que más no podía ser, e dexaron el juego del axedrez e subieronse arriba en una cama e comenzaron de hacer una tal obra que después en su vida no se les olvidó ni les salió del corazón por miedo de la muerte ni de otro peligro que les acaescer pudiese. Por lo cual se vieron en grandes peligros y vergüenzas hasta la muerte. E después que hobieron acabado su voluntad el uno del otro, tornaron a acabar el juego del axedrez que tenían comenzado.

Anónimo,
Libro del esforzado caballero Don Tristán
de Leonís y de sus grandes hechos en
armas, s. XIV

A vous, douce debonaire,
ai mon cuer donné.
Ja n'en partiré.

Jehan de Lescurel, 1304

Vostre très doux regart plaisant,
belle bonne que j'ayme tant,
on ne peut plus en bonne foy,
trés perde tout le cuer de moy
et oblege le demourant.

Non pas sans plus pour un tenant,
mais tous les jours de mon vivant
pour obeir comme je doy.
Vostre très doux regart plaisant,
belle bonne que j'ayme tant,
on ne peu plus en bonne foy.

Je n'ay chose au monde vaillant
que tout soyt a vo commant.
Il y a rien rayson pour quoy:
car vous valez et un filz de Roy
et deust il morir en servant.

Gilles Binchois, 1400-1460

Amoureux suy et me vient toute joye
en esperant que vo bonté m'envoye
un doux confort pour mon cuer resjouir
d'un seul regart; aultre rien ne desir,
puisque d'amer m'avés en la voye.

C'est trestout ce que demander voudroye,
cest'liesse que querir je savoye,
toutes les foys que je vous puis veir.
Amoureux suy, et me vient toute joye
en esperant que vo bonté m'envoye
un doux confort pour mon cuer resjouir.
Ce par ma foy, quelque part que je soye,
autre de vous amer je ne pouroye.
Vous estes celle que adés veul servir.
Vous estes tout mon joyeux souvenir,
hores et toujours très douce, simple et coye.

Gilles Binchois, 1400-1460

Bibliografía

- BURCKHARDT, Titus, 1971: *Alquimia: significado e imagen del mundo*, Barcelona: Plaza & Janes; trad. de *Alchemie, Sinn und Weltbild*, Freiburg: Walter-Verlag Olten, 1960.
- CARDINI, Franco, 1982: *Magia, brujería y superstición en el Occidente medieval*, Barcelona: Península; trad. de *Magia, stregoneria, superstizioni nell'Occidente medievale*, Firenze: La Nuova Italia, 1979.
- FRAZER, James G. 1989: *La rama dorada*, Madrid: Fondo de Cultura Económica; trad. de *The Golden Bough*, Nueva York: The Macmillan Company, 1922.
- GARCÍA GUAL, Carlos, 1990: *Lecturas y fantasías medievales*, Madrid: Mondadori.
- GARIN, Eugenio, 1991: *El zodiaco de la vida: la polémica astrológica del Trescientos al Quinientos*, Barcelona: Península; trad. de *Lo zodiaco della vita: la polemica sull'astrologia dal Trecento al Cinquecento*, Roma / Bari: Laterza, 1976.
- KIECKHEFER, Richard, 1992: *La magia en la Edad Media*, Barcelona, Crítica; trad. de *Magic in the Middle Ages*, Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- NELLI, René, 1963: *L'Erotique des troubadours*, Toulouse: Privat.
- TAUSIET, María, 1994: «El Toque de Alquimia: un método casi infalible dedicado a Felipe II por Richard Stanyhurst», en *La Ciencia en el Monasterio del Escorial*, ed. F. Javier Campos y Fernández de Sevilla, San Lorenzo del Escorial: EDES.
- TAUSIET, María, 2000: *Ponzoña en los ojos. Brujería y superstición en Aragón en el siglo XVI*, Zaragoza: Istitución Fernando el Católico.

